

Aquitania y el Valle del Ebro en la obra de Julio César

(The Aquitaine and the Valley of the Ebro river in the texts by Julius Caesar)

Pérez de Laborda Pérez de Rada, Alberto
Cervantes, 1-Bajo
48930 Las Arenas

BIBLID [1137-4489 (1997), 9; 845-855]

Es en la obra de Julio César donde aparecen por primera vez en la historia unos pueblos que habitaban al norte de los Pirineos, y donde se puede ver la ayuda que les prestaron algunos otros pueblos del sur de estos montes para continuar su lucha de independencia frente al poder romano. Y también se pueden ver en esta obra algunas consecuencias, en los pueblos del valle del Ebro, de las luchas que mantuvo César contra Pompeyo el Magno. Tanto de Bello Gallico como De Bello Civili son dos obras indispensables para conocer mejor la situación de Euskal Herria a mediados del siglo I a.C.

Palabras Clave: Aquitania. César. Iacetanos. Lérida. Pompeyo. Vascones.

Julio Zesarren obran agertzen dira lehen aldiz historian Pirinioetatik iparraldean bizi ziren zenbait herri. Halaber, erromatarren agintearen aurrean burujabe izateko egiten zuten guduan, iparraldeko haiei mendi horietatik hegoaldera -ko beste herri batzuek eman zieten laguntzaren berri ematen dute obra horiek. Eta obra horretan, bestalde, Zesarrek Pompeio Handiaren aurka izan zituen borrokek Ebroko Haraneko herrietan izan zituzten ondorio batzuk agertzen dira. Hala De Bello Gallico nola De Bello Civili ezinbesteko obrak dira K.a. I. mendearen erdialdeko Euskal Herriaren egoera ezaizteko.

Giltz-Hitzak: Akitania. Zesar. Iacetanni. Pompeio. Baskoiak.

C'est dans l'oeuvre de Jules César qu'apparaissent pour la première fois dans l'histoire des peuples habitant le nord des Pyrénées et où l'on peut constater l'aide que leur apportèrent d'autres peuples du sud de ces montagnes pour continuer leur lutte d'indépendance face au pouvoir romain. On peut également trouver dans cette oeuvre quelques conséquences, chez les peuples de la vallée de l'Ebre, des luttes que maintint César contre Pompée. Aussi bien De Bello Gallico que De Bello Civili sont deux oeuvres indispensables à une meilleure connaissance de la situation d'Euskal Herria au milieu du Ier siècle avant J-C.

Mots Clés: Aquitaine. César. "Lacetanien". Lérida. Pompeye. Basques.

No cabe duda que Julio César es uno de los grandes mitos de la humanidad en el que su acusada personalidad, sus dotes excepcionales como escritor, como conductor de masas e incluso como estrategia militar se unieron al hecho de que fuera asesinado por unos traidores que salieron de su propio entorno familiar cuando ya había alcanzado el pináculo de la gloria; pero a nosotros, en este momento, solo nos interesa su faceta de historiador¹.

Los “Comentarios a la Guerra de las Galias” escritos por César son una fuente poco utilizada para conocer la historia de Euskal Herria en la antigüedad a pesar de que, por lo que se refiere a Aquitania, es con diferencia el autor clásico que más información nos facilita para el análisis de su historia antes del cambio de era. Y los “Comentarios de la Guerra Civil” son muy interesantes para conocer la situación de los pueblos hispanos poco después de la terminación de las guerras sertorianas que sacudieron fuertemente el valle del Ebro durante una década.

Es por ello que siempre resulta interesante el revisar lo que Julio César nos dice tanto de la zona aquitana del País Vasco como de la situada al sur de los Pirineos.

AQUITANIA Y LAS GALIAS EN LA OBRA DE CÉSAR

Gallia est omnis divisa in partes tres, es decir que, según César, las Galias estaban formadas por tres partes bien diferenciadas en las que habitaban los belgas, los aquitanos y los celtas a quienes también se llamaba galos, y añade que estos tres pueblos “se diferencian entre sí por el idioma, las costumbres y las leyes”: ¡no se puede pedir más precisión en menos palabras! Esta somera descripción de las Galias fue aceptada sin la más mínima oposición por todos los historiadores y geógrafos clásicos² y ha quedado como una de las grandes frases de la literatura universal; sin embargo ahora, pasados ya dos milenios desde que estas palabras fuesen escritas, es necesario realizar algunas matizaciones.

La evolución natural del significado de las palabras geográficas nos ha llevado a aceptar el que las Galias de la antigüedad eran lo mismo que hoy llamamos Francia con algunos aditamentos territoriales de los países limítrofes –Bélgica y Suiza principalmente–, pero el significado cesariano de *Gallias* no era éste ni mucho menos, porque para entonces la Francia mediterránea ya estaba bien romanizada y se le conocía con el nombre de *Provincia*, un nombre que todavía perdura en la actual Provenza. César, a pesar de llamar Galia a todos estos territorios, precisa que una parte de ellos están habitados por un pueblo que si en su propia lengua se llaman celtas en la latina se les llama galos (I. 1.), y otra parte por los belgas (II. 4.) que en su mayor parte descendían de unos pueblos germanos que habían pasado el Rin con anterioridad y que habían expulsado de sus fértiles tierras a los galos que habitaban en ellas; de los aquitanos no hace ningún análisis etnográfico explícito pero indica que estaban separados de los galos por el río Garona, poniendo de manifiesto que los aquitanos no pertenecían al entorno –ni geográfico ni físico–, de los pueblos celtas ni, por supuesto, al de los germanos.

1. Entre las diversas ediciones disponibles en español de la “Guerra de las Galias” se encuentran la bilingüe de Valentín García Yebra e Hipólito Escolar Sobrino en Gredos, Madrid 1985 y 1986, la de Julio Pallí en Bruguera, Madrid 1973 y la de José Goya Munian y Manuel Balbuena en Obras Maestras de Iberia, Barcelona 1982. Y de la “Guerra Civil” la bilingüe de Sebastián Mariner Bigorra para el C. S. I. C., Madrid 1990 y la de Julio Calonge Ruiz para Gredos, Madrid 1986.

2. Ver, por ejemplo, Estrabón en “Geografía” IV. 1. (1)., y Plinio el Viejo en “Historia natural” IV. 17. (105).

Podría parecer claro en un principio que el texto cesariano nos dice que Aquitania, es decir los territorios que conquistó P. Craso en nombre de César en el año 56 a. C., ocupaban toda la parte interior de la curva que describe el río Garona desde su nacimiento en las cumbres pirenaicas del valle de Arán hasta su desembocadura en el océano más allá de Burdeos, pero el mismo César establece algunos matices que nos permiten conocer que una parte del valle del Garona ya estaba para entonces más o menos romanizada. César, al narrarnos sus luchas contra los helvecios (I. 10.), dice que tenía miedo que este pueblo, al atacar a los santones, se acercasen demasiado a las fronteras de los tolosanos, un pueblo que pertenecía a la *Provincia*. Estrabón –de una generación posterior a César pero que también vivió y escribió su obra geográfica en el siglo I a. C.–, nos dice (IV. 2. (2).) que los romanos concedieron el derecho latino a algunos pueblos aquitanos, principalmente a los auscos y a los convenes, es decir a los habitantes de Auch y de St. Bertrand de Comminges; y San Jerónimo³ y San Isidoro precisan que Cn. Pompeyo Strabon, el padre de Pompeyo el Magno, sojuzgó a los de Pamplona y los puso a todos en un lugar al que se llamó *convene*, es decir en la actual St. Bertrand de Comminges. Todo parece apuntar por tanto a que cuando se nos dice que P. Craso conquistó toda Aquitania se está refiriendo sólo a una parte importante de las tierras que son delimitadas por el Garona y los montes Pirineos, pero no a todas ya que el curso superior de este río –el que va desde Tolosa hasta valle de Arán y con toda probabilidad las tierras donde vivían los auscos y los convene–, ya estaban más o menos romanizadas antes del año 56 a. C. No tiene por tanto nada de particular que Craso contase entre sus tropas con gente de Tolosa (III. 20.) y quizás –aunque César no lo dice expresamente–, con soldados de los auscos y los convene que, como sabemos por las fuentes onomásticas, hablaban una lengua que estaba muy relacionada –por lo menos–, con el actual vascuence.

César comienza el sometimiento de las Galias en el año 58 a. C. con una amplia victoria sobre los helvecios a la que continua otra sobre los germanos de Ariovisto que habían cruzado el río Rin para participar en las luchas internas entre los diferentes pueblos galos. En el 57 a. C., César marcha contra los belgas y casi llega a exterminar a los nervios, uno de sus pueblos más importantes, y mientras realiza esta campaña decide enviar a P. Craso el joven⁴ contra los vénetos como preludio de la campaña que César en persona tenía intención de realizar el año siguiente. Mientras César estaba luchando contra los vénetos de la región de Bretaña en el año 56 a. C., decide enviar de nuevo a Craso hacia adelante, esta vez contra Aquitania con una tropa formada por doce cohortes y abundantes tropas auxiliares (III. 11.) –algo más de una legión–, para que le haga otra campaña bélica previa y de ayuda similar a la que había realizado el año anterior contra los vénetos. Craso se abastece bien de trigo, aumenta sus efectivos con tropas auxiliares y de caballería tomadas de entre la gente de Tolosa y de Narbona y se dirige hacia las fronteras de los sociates (III. 20.): el juego estaba hecho, había comenzado la conquista de Aquitania y se habían dado los pasos iniciales para una profunda romanización.

3. Ver *Contra Vigilantium*, Patrología Latina, tomo XXIII, columna 357 (A) edición de J. P. Migne.

4. P. Licinio Craso era hijo del M. Licinio Craso que en el año 60 a. C. había formado parte del primer triunvirato junto con Julio César y Pompeyo el Magno; los Craso, tanto el padre como hijo, habrían de morir luchando contra los partos en el año 53 a. C.

LA CONQUISTA DE AQUITANIA POR P. CRASO

No era esta la primera vez que las tropas romanas estaban por tierras de Aquitania ya que “varios años antes” (III. 20.) los *sociates*⁵ (de Sos-en-Albret) –un pueblo aquitano que habría de ser el primer objetivo del ataque de Craso–, habían derrotado y muerto al legado Lucio Valerio Preconino⁶, y ante quienes el procónsul Lucio Manlio, que venía de ser derrotado durante las guerras sertorianas en Hispania⁷, tuvo que salir huyendo después de haber abandonado todos sus bagajes. Las derrotas militares no eran olvidadas nunca por el orgulloso ejército romano por lo que no tiene nada de particular que fueran precisamente los *sociates* el primer objetivo de las tropas de Craso (III. 21.); su ciudad estaba bien fortificada y opuso una resistencia experta y vigorosa en la que tuvo una brillante actuación Adiatuano, su jefe, que estaba arropado por seiscientos *soldurios*, un cuerpo de élite que ofrecía su vida en defensa de aquel a quien servían⁸. Habrían de ser los *vocates* (de Bazas) y los *tarusates* (de Aire s/l'Adour), sus vecinos, los primeros pueblos aquitanos que se atemorizaron ante la victoria de Craso sobre los *sociates* y los que se apresuraron a ofrecer sus rehenes al ejército romano.

Nos dice César que los otros aquitanos, vista la situación producida por la derrota de los *sociates* y la entrega de rehenes por parte de los *vocates* y *tarusates*, acuerdan pedir ayuda “a los pueblos hispanos que confinaban con Aquitania” (III. 23), quienes les envían a jefes y soldados que ya estaban habituados a la lucha al estilo romano por haber acompañado siempre a Q. Sertorio en las llamadas guerras sertorianas; la lucha de Craso contra el ejército aquitano-hispano termina con la muerte de las tres cuartas partes de los cincuenta mil soldados que se habían aliado frente a Craso (III. 26.). Esta noticia de César no nos resulta fácil de entender si tenemos en cuenta la situación geográfica de los pueblos hispanos que es aceptada normalmente entre los estudiosos de la antigüedad; las fuentes clásicas dicen, de una forma general, que los aquitanos confinaban con los vascones por los montes Pirineos, e incluso se puede añadir que limitaban exclusivamente con los vascones si admitimos que este pueblo llegó a extenderse desde el Pirineo altoaragonés de Jaca hasta la desembocadura del río Bidasoa; es decir que los vascones ocupaban, hipotéticamente, toda una línea de cumbres que va desde las fuentes del río Gállego –que nombre tan sugerente cuando estamos hablando de las Galias!–, hasta la ciudad de *Oiasso* que se debía encontrar no lejos de Irún⁹. César no precisa como se llamaban los pueblos hispanos

5. Los *sociates* son mencionados también por la “Historia Natural” de Plinio el Viejo en IV. 19., la “Historia de Roma” de Dion Cassio en XXXIX. 46, el Itinerario Burdigalense –que la llama *Scittio* y la sitúa entre *Cossio* (Bazas) y *Elusa* (Eauze)–, en la “Historia” de Paulo Orosio en VI. 8. (19), etc.

6. No ha sido posible identificar a este personaje y tampoco, por tanto, la ocasión que los *sociates* pudieran tener para derrotarle.

7. Plutarco indica, en “Sertorio” 12. (5)., que el general romano Metello fue puesto en tan grandes aprietos por Sertorio “que Lucio Manlio tuvo que acudir en su ayuda desde la Galia narbonesa”; es posible que por causa de una vuelta a Narbona demasiado atropellada por el acoso enemigo tuviese que pasar por tierras de los *sociates* que todavía no habían sido conquistados por Roma.

8. César dice de los *soldurios* que “su profesión era participar en vida de todos los bienes de aquellos a cuya amistad se han consagrado, pero si a estos les sucede alguna desgracia, o la han de sufrir junto con ellos o han de darse la muerte; y aún no se sabe de ninguno que, muerto aquel a cuya amistad se había consagrado, haya negado el morir” (III. 22.). Ver lo que dice también Plutarco, en Sertorio 14. (1)., sobre estos soldados de élite.

9. Al hablar de la situación de los pueblos pirenaicos en la antigüedad hay que tener muy en cuenta la época de que estamos hablando, ya que el territorio que ocupaba un pueblo determinado en el siglo I a. C. puede no corresponderse con el que ocupaba en la época altoimperial tres siglos después. La pertenencia de la desembocadura del río Bidasoa a los vascones es una de las hipótesis bien establecidas a lo largo de la historia antigua y nos lo indica tanto Estrabón en el siglo I a. C. como Claudio Ptolomeo tres siglos después, pero no ocurre lo mismo con la lacetania.

límitrofes a los que los aquitanos pidieron ayuda para luchar contra Craso, pero sí menciona que fueron los cántabros (*Cantabrisque*) los que acudieron en ayuda de los aquitanos y los que cayeron junto a ellos en el campo de batalla. No habría gran inconveniente en aceptar que no fue precisamente a los vascones a quienes los aquitanos pidieron ayuda, e incluso que si esta ayuda se llegó a solicitar la petición no fue atendida por razones que solo podemos intuir y que veremos más adelante; también se podría aceptar el que los cántabros que habitaban en la cornisa marítima pasasen por la estrecha franja de costa que va desde Oyarzun al río Bidasoa incluso con la anuencia más o menos velada de los vascones, pero ya resulta más difícil de aceptar que estos cántabros pasasen sucesivamente –sin dejar ninguna constancia de ello–, por los territorios de los autrigones, caristios y várdulos¹⁰ antes de prestar su ayuda a los aquitanos; y tan difícil de comprender como esto sería el suponer que fueron los cántabros coniscos vecinos de los berones riojanos –de quienes nos habla Estrabón en III. 4. (12.)–, quienes acudieron a la llamada de socorro lanzada por los aquitanos¹¹.

El efecto de la derrota de los hispano-aquitano a manos de Craso fue fulminante ya que la mayor parte de Aquitania se rindió espontáneamente y le envió los correspondientes rehenes, pero unos cuantos pueblos muy remotos dejaron de hacerlo “confiados en lo avanzado de la estación y en la inminencia del invierno” (III. 27.). Entre los pueblos que se rindieron espontáneamente a Craso se mencionan en la obra de César a algunos que están bien identificados a lo largo de la historia aquitana y otros que no lo están tanto. Entre los primeros están los *Tarbeli*, un pueblo bien conocido que ocupaba una parte importante de las Landas aquitanas y tenía su capital en Dax¹²; los *Bigerriones* a los que otras veces se les llama Biguerros o Biguerrianos, siempre relacionados con Tarbes y Bigorra¹³; los *Vocates*, o *Vasates* como se les llama otras veces, cuya capital estaba situada en Bazas (*Cossio*)¹⁴; los *Tarusates* que todos los tratadistas coinciden en suponer que se trata del pueblo al que otras veces se llama aturenos y que tenía su capital en Aire s/l'Adour (*Vici Luliensis*); los *Elusates* cuya capital estaba situada en Eauze, la capital de Armagnac¹⁵; y los *Ausci* un pueblo muy importante cuya principal ciudad, *Eliumberrum* o *Augusta*, –la actual Auch–, llegó a ser la capital de la provincia novempopulana; y entre los pueblos difíciles de identificar se citan a los *Garunni* que no podemos menos que relacionar con los habitantes de la margen izquierda del río Garona en alguna zona no bien determinada, y los *Ptiani*, *Gates*, *Sibuzates*, y *Cocosates* de los que poco se puede decir salvo que habitaban en Aquitania en algún lugar que no se puede asegurar.

Pero todavía había otros pueblos aquitanos, “los más remotos”, que aprovecharon la proximidad del invierno para esperar acontecimientos y ver si podían salvarse de entregar

10. Claudio Ptolomeo nos dice que los autrigones, caristios y várdulos ocupaban una larga franja de la cornisa cantábrica desde el río Asón hasta la Irún vascona, aunque se debe tener en cuenta que esta información está escrita en el siglo II d. C. Es todavía una incógnita el conocer cual era la situación geográfica de estos pueblos en el siglo I a. C.

11. Esta es una razón que se puede aducir, junto con otras que no es el caso citar en esta ocasión, para suponer que los várdulos, caristios y autrigones, unos pueblos que sabemos estaban bien establecidos en el interior, llegaron a la costa cantábrica en una época relativamente tardía.

12. Las aguas termales de *Aquis Terebellicis* se conocen desde la época augústea.

13. Este pueblo y esta ciudad han sido nombrados numerosas veces en la antigüedad por Plinio el Viejo, Ausonio y san Paulino de Nola, en la *Notitia Dignitatum* y el *Itinerario del Ravenate*, por san Gregorio de Tours, etc.

14. Los *vasates* es un pueblo bien conocido a través de autores como C. Ptolomeo, Ausonio, Paulino de Pella, San Gregorio de Tours, etc.

15. *Elusa* y los *Elusates* son mencionados por Plinio el Viejo, el *Itinerario Burdigalense*, la *Tabula Peutingeriana* y el *Ravenate*, por Fredegarío, etc.

rehenes a Craso, por lo menos de momento. No hay ninguna noticia posterior en la obra de César sobre estos pueblos ignotos por lo que no podemos menos que suponer que, en cuanto se les terminó la excusa del invierno, acudieron presurosos a entregar sus rehenes. No conocemos cuáles eran estos pueblos y de ellos sólo nos podemos imaginar que no estaban cerca del alto valle del río Garona –ya hemos hablado anteriormente de la problemática especial que plantean los territorios de Tolosa y de St. Bertrand de Comminges–, ni en la parte oriental de Aquitania donde estaban los biguerriones, los elusates y los auscos principalmente, ni en la septentrional en la que habitaban los sociates y los vocates, ni en la Aquitania central donde tenían sus territorios los tarbelos y los tarusates; parece, por tanto, que esos pueblos que no rindieron pleitesía a Craso en el año 56 a. C. y lo dejaron para el año siguiente habitaban en la parte suroccidental de Aquitania, y probablemente en los valles que llevan hacia las altas cumbres de los Pirineos, es decir en lo que en la actualidad se llama País Vasco-francés y sus alrededores¹⁶.

Los aquitanos, nada menos que una de las tres partes en que César divide a las Galias, reciben una atención relativamente menor del historiador que la que otorga a las partes celta y belga, e incluso también menor que a los pueblos germanos del otro lado del Rin. Es excelente la descripción etnográfica comparativa que César hace de las costumbres de los galos y de los germanos (VI. 11. a VI. 20), y en esta descripción nos habla, entre los galos, de las diferencias sociales existentes entre los nobles y el pueblo llano, de sus dioses que se puede adivinar ya estaban medio romanizados, de las costumbres matrimoniales y familiares y, entre los germanos, de su aprecio a la virginidad juvenil, de su escaso apego al campo y la agricultura, de su extraordinario amor por la caza –llegando a describir algunas especies de animales salvajes de la Selva Negra (*Hercinia*)–, etc. Y, sobre todo ello, merece la pena destacar la descripción que realiza César de la actuación, costumbres y poderes de los druidas, la casta sacerdotal gala que tenían sus grandes reuniones anuales en el territorio de los carnutes, en el corazón de las Galias, en la zona de Orleans. De Aquitania, por el contrario, se nos ofrecen escasos datos etnográficos si bien deja claro, desde el principio, que el idioma, las costumbres y las leyes de los aquitanos eran diferentes de las que tenían los belgas y los galos; nos habla también de la actuación de los seiscientos *soldurios* que defendían con su vida la de su jefe Adituano y, referente a los sociates, nos habla de su gran orgullo militar y nos dice que eran muy expertos en minar terraplenes y manteletes “por las muchas minas de cobre y las numerosas canteras que hay en su territorio”. También nos habla de la pronta romanización de Aquitania, por lo menos en sus clases dirigentes, ya que un par de años después de la conquista, dos hijos de uno de los reyes aquitanos estaban luchando contra los germanos enrolados en el ejército de César, y uno de ellos, que ya había cambiado para entonces su desconocido nombre aquitano por el latino de Piso, murió peleando contra ellos en las orillas del río Mosa (IV. 12.).

LA GUERRA CIVIL EN HISPANIA: LA BATALLA DE LÉRIDA

Los “Comentarios” que hizo César a la guerra civil, en realidad su lucha contra el senado romano, comienzan con la entrega de una carta suya al senado romano que los tribunos

16. Un método de trabajo para localizar a estos pueblos ignotos sería el ver qué otros pueblos son mencionados por los historiadores clásicos romanos además de los que ya son citados por César, pero esta vía solo nos permite recorrer un camino escaso y poco ilustrativo. Estrabón, un autor del siglo I a. C., cita a unos *Tectósages* que se debe suponer estaban muy relacionados con los habitantes de Tolosa y a los *Convenes* de St. Bertrand de Comminges. Los otros autores clásicos que tratan de Aquitania ya son más tardíos y, además, su información es también escasa, salvo C. Ptolomeo cuya información es muy amplia pero resulta demasiado tardía para nuestro objeto.

de la plebe, partidarios de César, consiguen a duras penas que sea leída pero en ningún caso el que sea debatida por causa de la actuación de L. Lentulo, cónsul en ese año y uno de los más acérrimos enemigos de César. Y terminan, una vez asesinado Pompeyo el Magno, con la fortificación de César en el faro de Alejandría para hacer frente a las tropas de Arsinoe, la hermana menor de la famosa reina Cleopatra¹⁷.

Después de una primera parte en que las luchas se desarrollan en Italia y en Grecia, César decide apostar fuerte por las provincias galas e hispanas y marcha a occidente a pesar de que una de las Hispanias “estaba unida a Pompeyo por los grandes beneficios recibidos” (I. 29.). César ataca primero a Marsella y luego a Hispania en unas campañas a las que dedica una gran atención ya que ocupan una parte importante del libro I y todo el libro II, quedando reservado el último de los tres libros de que consta la obra para las campañas de Grecia y las últimas batallas cesarianas en Egipto. Toda la obra, principalmente la narración de lo acontecido en Italia y en oriente, está impregnado de un sentimiento político en el que se trata de justificar a toda costa que los verdaderos enemigos de César eran los senadores romanos, e incluso el senado como tal, más que Cn. Pompeyo a pesar que éste era la cabeza visible que se le oponía en el campo de batalla. Conquistado el occidente romano, César marcha sobre África y el oriente pasando varias veces por Roma en donde consigue ser nombrado dictador con unos poderes casi totales que exasperan a su enemigo. La lucha contra Pompeyo continua en oriente, y sólo termina cuando Cn. Pompeyo cae herido de muerte en una emboscada tendida por Aquilas, el prefecto regio egipcio.

C. Fabio, el legado de César que contaba con un ejército de tres legiones, ocupa en el año 49 a. C. los pasos pirenaicos situados entre las Galias e Hispania (I. 37 a 39.) y los legados de Pompeyo –Afranio en la Hispania citerior, Petreyo en la ulterior y Varron en Lusitania–, juntan cinco de sus legiones y acuden al norte peninsular para cerrar el paso a César y darle batalla en las cercanías de Lérida, no sin antes exigir jinetes y tropas auxiliares “a los celtíberos, cántabros y todos los bárbaros que habitan en la costa del océano” (I. 38.). La descripción que hace César de todas las batallas y escaramuzas de la llamada normalmente batalla de Lérida –y del posterior paso del río Ebro por un lugar llamado Otobesa que no está bien identificado–, es pausada, minuciosa y ocupa muchas páginas de su obra; el detalle con que explica los problemas que se plantean a los contendientes por la crecida de los ríos Segre y Cinca y las inundaciones consecuentes ha quedado como una muestra no solo de estrategia militar, sino también del arte de bien escribir (I. 48. y sigs.).

Ya hemos dicho anteriormente que el mismo César reconoce que una de las dos Hispanias estaba unida a Pompeyo por los grandes beneficios recibidos, y efectivamente sabemos de las relaciones de clientela que Cn. Pompeyo tenía con la Hispania citerior, ya que su vinculación con los pueblos del valle del Ebro en general, y con los vascones en particular, venía desde la época de Pompeyo Strabon, su padre. Strabon, que estaba empeñado durante las llamadas guerras sociales en el ataque a la ciudad de Ascoli, en Italia, concede la ciudadanía romana con fecha 17 noviembre 89 a. C. a un escuadrón de caballería, la llamada *Turma salluitana* de la que se conocen los nombres de los treinta caballeros que formaban el escuadrón y de los pueblos a los que pertenecían, todos ellos localizados en el valle del Ebro y los territorios prepirenaicos¹⁸; este tipo de concesiones suponían una

17. Las campañas de César en Egipto se pueden ver en los “Comentarios de la guerra de Alejandría” de Aulo Hircio, páginas 336 a 377 de la edición de “Comentarios de la guerra de las Galias y de la guerra Civil” de Julio César en Obras Maestras de Editorial Iberia, Madrid 1982.

18. Nueve jinetes pertenecían a los segienses de Ejea de los Caballeros, tres a los ilerdenses de Lérida, ...

importante dependencia de los favorecidos y sus descendientes hacia el que había hecho la concesión y los suyos, y esta dependencia –o agradecimiento mutuo simplemente– podía durar varias generaciones. Ya hemos visto con anterioridad como Strabon llevó a los vascos al curso alto del río Garona, a St. Bertrand de Comminges, y sabemos que durante las guerras sertorianas Pompeyo el Magno se surtía de trigo en el territorio de los vascos y que éste general fundó allí, probablemente, la ciudad de *Pompaelo* en el año 75 a. C.¹⁹. No tiene por tanto nada de particular que Afranio y Petreyo, los legados de Pompeyo, acudiesen a territorio leridano para luchar contra el invasor ya que era como jugar un partido de fútbol importante en casa, todo estaba a su favor menos la capacidad bélica de César y el terror que imponía en el ánimo de sus enemigos.

LOS PUEBLOS HISPANOS PREPIRENAICOS

La habilidad connatural de César para captar aliados hizo que algunos pueblos de la zona subpirenaica abandonasen pronto el partido de Pompeyo (l. 59. y 60.). Entre estos pueblos se encontraban, en la parte oriental de la provincia Tarraconense, los tarraconenses propiamente dichos, los ausetanos de Vich y los ilurgavonenses que habitaban en las proximidades de la desembocadura del río Ebro y, en la parte occidental de dicha provincia, los oscenses de Huesca, los calagurritanos tributarios de los oscenses que se acostumbra a admitir estaban situados en Loarre²⁰ y los iacetanos de la región de Jaca; y César añade que “muchas ciudades más alejadas abandonan a Afranio y buscan la alianza de César”.

Hay un párrafo en los “Comentarios” (l. 51.) que se podría prestar a diferentes interpretaciones y que es necesario aclarar en esta ocasión. Dice el autor que conociendo Afranio que unos convoyes con destino a César estaban detenidos por causa de la crecida del río Segre, se produjeron unos enfrentamientos entre ambos bandos que no llegaron a tener grandes consecuencias militares. Esto no parece tener gran importancia para nosotros salvo que se precisa la composición de estos convoyes: en uno de ellos se encontraban arqueros de los rutenos, un pueblo que habitaba en la *Provincia*, además de otros jinetes galos con una gran impedimenta tal como era habitual entre estos pueblos; y, por otra parte (*praeterea*), seis mil hombres de toda condición con sus esclavos y libertos, e incluso hijos de senadores y embajadores de ciudades, quienes no llegaban a formar un grupo compacto y homogéneo al mando de una cabeza visible. Este numeroso grupo de personas, desde luego por encima de las diez mil, no está definido por César de una forma clara, por lo que si bien algunos autores han pensado que podría tratarse de un grupo de inmigrantes en busca de nuevas tierras en las que asentarse, tal como hubo otros muchos en la antigüedad, otros piensan que se trata de un grupo no homogéneo que tomó la decisión de acudir en ayuda del que pensaban estaba en camino de ser el vencedor, o incluso un tropel de personas que en ese momento estaban cambiando de bando; no está claro el origen de este equipaje humano pero se debe de tener en cuenta que la ciudad de Lérida está situada en la margen derecha del río Segre, y que tanto el campamento de César como el de

19. Ver las “Historias” de Salustio, en el fragmento que se conserva del libro II, y la “Geografía” de Estrabón, III. 4. (10).

20. Hay que destacar la existencia, en la antigüedad, de tres *Calagurris* en el entorno vascón; esta *Calagurris Fibularia* tributaria y relacionada siempre con Huesca, la actual Calahorra sobre el río Ebro, riojana hoy y vascona ayer, y la *Calagorris* que se menciona en el Itinerario de Antonino como una mansión situada a 26 millas de St. Bertrand de Comminges en la ruta hacia Tolosa.

Afranio se encontraban en esa misma margen, una orilla que este conglomerado desordenado no podía alcanzar por causa de las avenidas procedentes del deshielo pirenaico. Todo parece indicar, por tanto, que estos convoyes habían cruzado los Pirineos por su parte oriental y que no venían de territorios situados al oeste del río Segre, tal como sería el caso si se tratase de vascones, berones o alguno de los pueblos cantábricos.

Es difícil desentrañar estos últimos párrafos de César (l. 59 a l. 61.) porque para ello habría que conocer, o más bien suponer, las ciudades o pueblos que fueron clientes de Pompeyo el Grande durante las guerras sertorianas –separando si es posible los que ya lo habían sido de su padre Strabon–, de aquellas otras que eran amigas de Sertorio. Tito Livio, por ejemplo, nos dice que eran amigos de Sertorio los pueblos de los alrededores de Castra Aelia²¹ y los de Calahorra, y sus enemigos los de Contrebia Leukada, los berones y autrigones, y los de Borja, Cascante y Alfaro; los vascones parece que estaban en una situación ambigua por lo menos, ya que Sertorio condujo su ejército “a través del territorio de los vascones”²². Apiano confirma el apoyo que tenía Pompeyo el Magno por parte de los pueblos pirenaicos cuando dice que había invernado en los montes Pirineos y desde allí lanzó su campaña contra Sertorio que lo había hecho en Lusitania²³. Parece, por tanto, que una parte muy importante del valle medio del Ebro, incluidos los vascones, eran partidarios de Pompeyo en las guerras sertorianas, y únicamente Calahorra y las inmediaciones de Castra Aelia, y por supuesto Huesca y su entorno donde estableció su capital, lo eran de Q. Sertorio. ¿Quiere esto decir que los vascones y la mayor parte de los pueblos que habitaban en el Ebro se pasaron del bando de Pompeyo el Magno al de César como consecuencia de la batalla de Lérida? Es posible que así fuese.

CONCLUSIONES

Cayo Julio César fue uno de lo más grandes literatos de la lengua latina, entre otras muchas cosas, que escribió dos obras que tienen un gran interés para el conocimiento de la historia de Euskal Herria en el siglo I antes de nuestra era. Sus “Comentarios de la Guerra de las Galias” nos hablan de los pueblos aquitanos, de sus afanes de independencia frente a Roma, de los rehenes que tuvieron que entregar a los vencedores y de aquellos otros pueblos que, metidos entre las montañas, buscaron excusas para dilatar la entrega de los suyos hasta el año siguiente, el 55 a. C.; y los “Comentarios de la Guerra Civil” nos ofrecen datos muy interesantes sobre la situación de los pueblos del valle del Ebro treinta años después de que hubiesen terminado las llamadas guerras sertorianas que sacudieron tan fuertemente todo el valle del Ebro y en las que Pompeyo el Magno fue uno de los protagonistas al igual que lo habría de ser pocos años después en las guerras civiles. La obra de César es la primera, cronológicamente hablando, que nos ofrece una abundante información sobre los pueblos de Aquitania, lo que nos ayuda a comprender mejor lo que dicen otras fuentes posteriores tales como las obras de Estrabón, San Jerónimo y San Isidoro de Sevilla, e incluso los antropónimos y teónimos indígenas aquitanos de aquella época que tan relacionados están con el actual vascuence.

21. De localización no conocida, pero que podría estar en un altozano, cerca del río Ebro y en su margen derecha entre los ríos Queiles y Jalón.

22. Ver la obra de Tito Livio *Ab urbe condita* (XCI) al referirse a los acontecimientos del año 75 a. C.

23. Ver las “Las Guerras civiles” de Apiano, en l. 110.

La onomástica indígena nos dice²⁴ que en una amplia zona situada en la parte suroriental de Aquitania se hablaba un idioma muy relacionado con el actual vascuence, aunque no se puede asegurar si era un idioma galo impregnado con abundantes términos euskeras o bien un proto-vascuence muy contaminado con elementos galos; y esto es un hecho lingüístico y arqueológico incuestionable ya que todavía se conservan en Francia los centenares de lápidas en las que se pueden leer estos antropónimos y teónimos indígenas aquitanos. San Jerónimo y San Isidoro de Sevilla nos dan una noticia que durante muchos siglos no se ha sabido qué hacer con ella y que ahora podemos empezar a comprender mejor, ya que ambos nos dicen que Pompeyo Strabon, el padre de Pompeyo el Magno, sometió a los vascones y los llevó a la ciudad de los *convene*, es decir a la St. Bertrand de Comminges que está situada en las orillas del río Garona justo antes de que se interne en los riscos pirenaicos, en busca de sus fuentes del valle de Arán leridano. Estrabón, que terminó su obra antes del 7 a. C., nos dice que los romanos concedieron “el derecho latino a algunos pueblos aquitanos, principalmente a los auscos y a los convene” (IV. 2. (2).), es decir a unos pueblos que sabemos estaban relacionados con los vascones del sur de los Pirineos; parece como si esta concesión del derecho latino fuese el premio a una temprana romanización o por lo menos por alguna actuación que tuvieron en provecho de Roma. César nos ofrece algo de luz sobre esta cuestión cuando precisa que Tolosa pertenecía a la *Provincia* y que P. Craso incorporó soldados tolosanos a su tropa antes de marchar contra los sociates aquitanos, lo que nos permite suponer que los convene también participaron en una forma activa en la lucha en favor de Roma y que, como pago a sus servicios, les concedieron poco después el derecho latino.

Los vascones peninsulares, durante las guerras sertorianas, aparecen siempre en una postura que si en algunas ocasiones nos puede parecer ambigua, en otras toman un claro partido por la causa de Pompeyo el Magno, un gran personaje que fue rival y vencedor de Sertorio y, unos años más tarde, primero el gran amigo de Julio César y luego su principal enemigo en el campo de batalla. Los vascones y los de *convene* eran unos viejos conocidos de Pompeyo el Magno por lo que no tiene nada de particular que cuando P. Craso necesita soldados en Aquitania acuda a los clientes de Pompeyo que por entonces era el gran amigo de César. Y esta postura de clientela la encontramos también en otros pueblos del valle del Ebro en la batalla de Lérida dada durante las guerras civiles.

Las amistad entre César y Pompeyo se tornó pronto en rivalidad, y cuando se dió la batalla de Lérida en el 49 a. C. vemos que Afranio y Petreio, los legados de Pompeyo el Magno, deciden escoger a Lérida y su comarca como el lugar adecuado para su lucha contra César, ya que creían que en esa región podían contar con la ayuda de los indígenas clientes de los Pompeyo desde hacía un par de generaciones. Es por ello que César nos dice que tuvo que hacer una ardua labor de captación de amistades entre los pueblos de la zona, y que tuvo un buen éxito ya que algunos pueblos, como los iacetanos de la región de Jaca, acudieron pronto a César en demanda de amistad; todo hace pensar que efectivamente los iacetanos y otros pueblos del valle del Ebro, eran unos pompeyanos que se pasaron al bando de César como consecuencia de la batalla de Lérida, es decir que llegaron tarde a la amistad del que sería uno de los grandes mitos de la humanidad. Tito Livio, en III. 3. (24). de su *Naturalis Historia*, nos diferencia de una forma indirecta la amistad de los pueblos prepirenaicos con César cuando nos dice que los cascantenses, los grachurritanos y

24. Ver, en general, las diversas obras escritas por lingüistas tan acreditados como Koldo Michelena y Joaquín Gorroategui y su “Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania”, Universidad del País Vasco, Bilbao 1984.

los ergavicenses tenían el derecho latino viejo, y que sin embargo los andelonenses, los carenses y los pompelonenses estaban entre los pueblos que pagaban un estipendio a Zaragoza.

No cabe duda, por tanto, que el análisis detallado de los Comentarios de Julio César resulta indispensable para un mejor conocimiento de la historia de Euskal Herria durante el siglo I antes de nuestra era.